

Maravillas de la Madre de Dios invocadas bajo el título de María Auxiliadora (3/13)

[\(continuación del artículo anterior\)](#)

Capítulo III. María manifiesta en la boda de Caná su celo y poder junto a su hijo Jesús.

En el Evangelio de s. Juan encontramos un hecho que demuestra claramente el poder y el celo de María al acudir en nuestra ayuda. Relatamos el hecho tal como nos lo cuenta el evangelista s. Juan en el en c. II.

Había una boda en Caná de Galilea y la madre de Jesús estaba allí. Y Jesús con sus discípulos también fue invitado a la boda. Cuando se acabó el vino, su madre dijo a Jesús: No tienen más vino. Jesús le dijo: ¿Qué tengo yo contigo, mujer? Mi hora aún no ha llegado. Dijo su madre a los que servían: Haced lo que él os diga. Había seis tinajas de piedra preparadas para la purificación de los judíos, las cuales contenían de dos a tres metros. Jesús les dijo: Llenad de agua esas tinajas. Y las llenaron hasta el borde. Jesús les dijo: Sacad ahora y llevad al maestresala. Y las llevaron. Y en cuanto probó el agua convertida en vino, el maestresala, que no sabía de dónde venía (pero sí lo sabían los criados que habían sacado el agua), el maestresala llamó al novio y le dijo: Todos sirven el mejor vino desde el principio, y cuando la gente está saciada, entonces se ofrece el inferior, pero tú has guardado el mejor hasta ahora. Así comenzó Jesús en Caná de Galilea a hacer milagros y a manifestar su gloria, y en él creyeron sus discípulos.

Aquí s. Juan Crisóstomo pregunta: ¿Por qué María esperó hasta esta ocasión de las bodas de Caná para invitar a Jesús a hacer milagros y no le rogó antes que los hiciera? Y responde que esto lo hizo María por espíritu de sumisión a la

providencia divina. Durante treinta años Jesús había llevado una vida oculta. Y María, que atesoraba todos los actos de Jesús, *conservabat haec omnia conferens in corde suo* (conservaba todas estas cosas meditándolas en su corazón), como dice s. Lucas (Lc 2, 19), veneró con respetuoso silencio aquella humillación de Jesús. Cuando entonces se dio cuenta de que Jesús había comenzado su vida pública, de que s. Juan en el desierto ya había comenzado a hablar de él en sus sermones, y de que Jesús ya tenía discípulos, entonces siguió la iniciación de la gracia con aquel mismo espíritu de unión con Jesús con el que durante treinta años había respetado su ocultamiento e interpuesto su oración para instarle a realizar un milagro y manifestarse a los hombres.

S. Bernardo, en las palabras *Vinum non habent*, non, ten vino, ve una gran delicadeza de María. No hace una oración prolija a Jesús como Señor, ni le manda como a un hijo; sólo le anuncia la necesidad, la falta de vino. Con corazones benéficos e inclinados a la liberalidad, no hay necesidad de arrancarles la gracia con industria y violencia, basta con proponer la ocasión. (S. Bernardo serm. 4 en cant.)

El doctor angélico, s. Tomás, admira la ternura y la misericordia de María en esta breve oración. Porque es propio de la misericordia considerar las necesidades de los demás como propias, ya que la palabra misericordioso casi significa un corazón hecho para los miserables, para levantar a los miserables, y aquí cita el texto de San Pablo a los Corintios: *Quis infirmatur et ego non infirmor? ¿Quién está enfermo para que yo no lo esté?* Ahora bien, como María estaba llena de misericordia, quiso proveer a las necesidades de estos huéspedes y por eso dice el Evangelio: *Faltando el vino, la Madre de Jesús se lo dijo a él.* De ahí que s. Bernardo nos anime a dirigirnos a María, porque si ella tuvo tanta compasión de la vergüenza de aquellos pobres y proveyó a ellos, aunque no rezara, ¿cuánto más tendrá piedad de nosotros si la invocamos con confianza? (s. Bernardo *serm. 2 dominiate II Épif.*)

S. Tomás alaba de nuevo la solitud y diligencia

de María al no esperar a que el vino faltara por completo y los invitados se dieran cuenta de ello para deshonor de los convidados. En cuanto la necesidad fue inminente, acudió en ayuda, según el dicho del Salmo 9: *Adiutor in opportunitatibus, in tribulatione.*

La bondad de María hacia nosotros demostrada en este acontecimiento resplandece aún más en la conducta que mantuvo tras la respuesta de su divino hijo. Ante las palabras de Jesús, un alma menos confiada, menos valiente que María, habría desistido de seguir esperando. En cambio, María, nada turbada, se volvió a los criados que estaban a la mesa y les dijo: Haced lo que él os diga. *Quodcumque dixerit vobis, facite* (cap. II, v. 4). Como si dijera: Aunque parezca negarse a hacer, sin embargo, hará (Beda).

El erudito P. Silbeira enumera un gran complejo de virtudes que resplandecen en estas palabras de María. La Virgen dio (dice este autor) un ejemplo luminoso de fe, pues aunque oyó de su hijo la dura respuesta: Qué tengo yo que ver contigo, no vaciló. Cuando la fe es perfecta, no vacila ante ninguna adversidad.

Ella enseñó la confianza: pues, aunque oyó de su hijo palabras que parecían expresar una negativa, de hecho, como dice el citado Beda, bien podía creer que Cristo rechazaría sus plegarias, sin embargo, actuó contra toda esperanza, confiando plenamente en la misericordia del hijo.

Enseñó el amor a Dios, mientras procuraba que por un milagro se manifestara su gloria. Enseñó la obediencia, mientras persuadía a los siervos a obedecer a Dios no en esto ni en aquello, sino en todo sin distinción; *quodcumque dixerit*, lo que él os diga. También dio un ejemplo de modestia cuando no aprovechó la ocasión para vanagloriarse de ser la madre de un hijo así, pues no dijo: "Lo que mi hijo os diga", sino que habló en tercera persona. No obstante, inspiró reverencia a Dios al no pronunciar el santo nombre de Jesús. Nunca he encontrado todavía, dice este autor, en la Escritura que la Santísima Virgen pronunciara este santísimo nombre por

la gran reverencia que le profesaba. Daba ejemplo de prontitud, pues no les exhortaba a oír lo que iba a decir, sino a hacerlo. Por último, enseñaba prudencia con misericordia, pues decía a los criados que hiciesen *todo lo que les mandase*, para que cuando oyesen la orden de Jesús de llenar de agua las tinajas, no la imputasen una ridiculez: era una suprema y prudente misericordia para evitar que otros cayesen en el mal (P. Silveira, *tom. 2, lib. 4, quest. 21*).

Capítulo IV. María elegida como auxilio de los cristianos en el Calvario por Jesús moribundo.

La prueba más espléndida de que María es la ayuda de los cristianos la encontramos en el monte Calvario. Mientras Jesús agonizaba en la cruz, María, superando su debilidad natural, le ayudó con una fuerza sin precedentes. Parecía que a Jesús ya no le quedaba nada más por hacer para demostrar cuánto nos amaba. Su afecto, sin embargo, todavía le hizo encontrar un regalo que iba a sellar toda la serie de sus bendiciones.

Desde lo alto de la cruz, dirigió su mirada agonizante a su madre, el único tesoro que le quedaba en la tierra. Mujer, dijo Jesús a María, he ahí a tu hijo; luego dijo a su discípulo Juan: he ahí a tu madre. Y a partir de ese momento, concluye el evangelista, el discípulo la tomó entre sus bienes.

Los santos Padres reconocen en estas palabras tres grandes verdades:

1. Que s. Juan sucedió a Jesús en todo como hijo de María;

2. Que, por tanto, todos los oficios de la maternidad que María ejerció sobre Jesús pasaron al nuevo hijo Juan;

3. 3. Que en la persona de Juan Jesús quiso incluir a todo el género humano.

María, dice s. Bernardino de Siena, por su amorosa cooperación en el ministerio de la Redención nos ha engendrado

verdaderamente en el Calvario a la vida de la gracia; en el orden de la salud todos nacemos de los dolores de María como del amor del Padre Eterno y de las aflicciones de su Hijo. En aquellos preciosos momentos María se convirtió estrictamente en nuestra Madre.

Las circunstancias que acompañaron este acto solemne de Jesús en el Calvario confirman lo que afirmamos. Las palabras escogidas por Jesús son genéricas y apelativas, observa el ya citado Padre Silveira, pero son suficientes para hacernos saber que estamos ante un misterio universal, que incluye no sólo a un hombre, sino a todos aquellos a quienes corresponde este título de discípulo amado de Jesús. Así, las palabras del Señor son una amplísima y solemne declaración de que la Madre de Jesús se ha convertido en madre de todos los cristianos: *Ioannes est nomen particulare, discipulus commune ut denotetur quod Maria omnibus detur in Matrem.*

Jesús en la cruz no fue una mera víctima de la malignidad de los judíos, fue un pontífice universal que obraba como reparador de todo el género humano. Así, de la misma manera, que al implorar perdón a los crucificadores lo obtuvo para todos los pecadores; al abrir el Paraíso al buen ladrón, lo abrió para todos los penitentes. Y así como los crucificados en el Calvario, según la enérgica expresión de s. Pablo, representaban a todos los pecadores, y el buen ladrón a todos los verdaderos penitentes, así s. Juan representaba a todos los verdaderos discípulos de Jesús, los cristianos, la Iglesia católica. Y María se convirtió, como dice s. Agustín, la verdadera Eva, la madre de todos los que viven espiritualmente, *Mater viventium*; o como dice s. Ambrosio, la madre de todos los que creen cristianamente; *Mater omnium credentium*. María, pues, convirtiéndose en nuestra madre en el Calvario, no sólo tuvo el título de ayudar a los cristianos, sino que adquirió el oficio, el magisterio, el deber. Tenemos, pues, un derecho sagrado de recurrir a la ayuda de María. Este derecho está consagrado por la palabra de Jesús y garantizado por la ternura maternal de María. Ahora bien, que María interpretó en este sentido la intención de Jesucristo en la

cruz y que Él la hizo madre y auxiliadora de todos los cristianos, lo prueba su conducta posterior. Sabemos por los escritores de su vida cuánto celo mostró en todo tiempo por la salud del mundo y por el aumento y gloria de la santa Iglesia. Dirigió y aconsejó a los Apóstoles y discípulos, exhortó y animó a todos a conservar la fe, a preservar la gracia y a hacerla activa. Sabemos por los Hechos de los Apóstoles cuán asidua era a todas las reuniones religiosas que celebraban aquellos primeros fieles de Jerusalén, pues nunca se celebraban los divinos misterios sin que ella tomara parte en ellos. Cuando Jesús ascendió al cielo, ella le siguió con los discípulos hasta el monte de los Olivos, al lugar de la Ascensión. Cuando el Espíritu Santo descendió sobre los Apóstoles el día de Pentecostés, ella estaba con ellos en el Cenáculo. Así lo dice s. Lucas que, después de nombrar uno por uno a los Apóstoles reunidos en el Cenáculo, dice: “Todos éstos perseveraban en la oración junto con las mujeres y con María, la madre de Jesús”.

Los Apóstoles y demás discípulos, y cuantos cristianos vivían entonces en Jerusalén y sus alrededores, acudían a María en busca de consejo y dirección.

[\(continuación\)](#)

Maravillas de la Madre de Dios invocadas bajo el título de María Auxiliadora (2/13)

[\(continuación del artículo anterior\)](#)

Capítulo II. María mostrada como auxilio de los cristianos por el Arcángel Gabriel en el acto de proclamarla Madre de Dios.

Las cosas hasta aquí expuestas fueron recogidas del Antiguo Testamento y aplicadas por la Iglesia a la Santísima Virgen María; pasemos ahora al sentido literal según lo que está escrito en el Santo Evangelio.

El evangelista s. Lucas en el capítulo I de su Evangelio relata que habiendo sido enviado por Dios el Arcángel Gabriel para anunciar a María Santísima la dignidad de Madre de Jesús, le dijo: *Ave, gratia plena, Dominus tecum, benedicta tu in mulieribus*. Dios te salve, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita eres entre todas las mujeres.

El Arcángel Gabriel saludando a María la llama llena de gracia. Por tanto, María posee la plenitud de la misma.

San Agustín exponiendo las palabras del Arcángel saluda así a María: Dios te salve, oh María, llena eres de gracia, el Señor es contigo; Tú en el corazón, Tú en el vientre, Tú en las entrañas, Tú en el socorro. *Ave María, gratia plena, Dominus tecum, tecum in corde, tecum in ventre, tecum in utero, tecum in auxilio*. (August. en Serm. de nat. B. M.).

El doctor angélico Santo Tomás dice de las palabras *Gratia plena* que María debió tener verdaderamente la plenitud de las gracias y razona así: Cuanto más cerca se está de Dios, más se participa de la gracia de Dios. De hecho, los ángeles del cielo que están más cerca del trono divino son más favorecidos y ricos que los demás. Ahora bien, María, la más cercana a Jesús por haberle dado la naturaleza humana, debía ser enriquecida con la gracia. (D. Tomás 3, p., qu. 27, act. 5).

Lo dijo muy bien el ángel Gabriel, proclamando a *María, llena de gracia*, observa san Jerónimo, porque esa gracia, que sólo se comunica en parte a los demás santos, se prodigó en María en toda su plenitud.

Dominus tecum. El Arcángel, para confirmar esta plenitud de gracia en María, explica y amplía las primeras palabras *gratia plena* añadiendo *Dominus tecum*, el Señor está contigo. Aquí

desaparece toda duda de exageración de las palabras anteriores. Ya no es sólo la gracia de Dios la que viene en toda su abundancia en María, sino que es Dios mismo quien viene a colmarla de Sí mismo y a establecer su morada en su casto seno, haciéndolo su templo, santificando así al Altísimo su tabernáculo: *Sanctificavit tabernaculum suum Altissimus*.

Así también, según el sentido de la Iglesia, comentan st. Tomás de Aquino y san Lorenzo Justiniano y san Bernardo.

Y dado que María, en su profunda humildad, se turbó y pidió explicaciones de tan extraordinaria anunciación, el Arcángel Gabriel confirmó lo que había dicho y desarrolló su significado. *Ne timeas, Maria, dixit Gabriel, invenisti enim gratiam apud Deum: Ecce concipies in utero et paries filium et vocabis nomen eius Jesum*. No temas, oh María, porque has hallado gracia ante Dios: He aquí que concebirás y darás a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. Y queriendo explicar cómo tendría lugar el misterio, añadió: *Spiritus Sanctus superveniet in te et virtus Altissimi obumbrabit tibi, ideoque et quod nascetur ex te Sanctum vocabitur Filius Dei*. El Espíritu Santo descenderá sobre ti y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra, y por eso también el que nazca de ti Santo será llamado Hijo de Dios.

Escuchemos ahora a s. Antonino Arzobispo de Florencia para explicar estas palabras del Evangelio.

“De estas palabras (*invenisti gratiam*) se manifiesta la excelencia de María. El Ángel, al decir que María encontró la gracia, no quiere decir que la encontró sólo entonces, mientras que María ya tenía la gracia antes de la Anunciación del Ángel; la tenía desde su nacimiento; por tanto, nunca la perdió, sino que la encontró en favor de todo el género humano, que la había perdido con el pecado original. Adán con su pecado perdió la gracia para sí y para todos, y con la penitencia que hizo después sólo la recuperó para sí. María la encontró entonces para todos, porque por María todos tuvieron virtualmente la gracia, en cuanto que por María

tuvimos a Jesús que nos trajo la gracia.” (D. Antonino parte. tit. 15, § 2).

Por lo tanto, es incuestionable lo que enseñan los santos Padres, a saber, que María al encontrar esta gracia restituyó a la humanidad tanto bien como el mal que Eva nos había traído al perder la gracia.

Así que el cardenal Ugone, tomando la palabra en nombre de los hombres, se presenta humildemente a María y le dice: “No debes ocultar esta gracia, que has encontrado, porque no es tuya, sino que debes ponerla en común para que los que la perdieron puedan recuperarla como es justo. Por eso, los que pecaron y perdieron la gracia, corran a la Virgen y, encontrándola con María, digan con humildad y confianza: Devuélvenos, oh Madre, nuestra propiedad, que has encontrado. Y no podrán negar haberla hallado, pues el Ángel da testimonio de ello, diciendo: *Invenisti*, la habéis hallado, no comprado, pues eso no sería gracia, sino recibido gratuitamente, por tanto, *invenisti*, la habéis hallado.”

La misma verdad se desprende de las palabras que Santa Isabel dirigió a María. Cuando la Santísima Virgen fue a visitar a s. Isabel, ésta, apenas la vio, quedó llena del Espíritu Santo, y tan llena que comenzó a profetizar inspiradamente: *Benedicta tu inter mulieres, et benedictus fructus ventris tui*.

¿No hemos de confesar que María había recibido la misión de santificar? Y sí, fue precisamente María quien llevó a cabo esta santificación de Isabel, pues s. Lucas dice con precisión: *Et factum est ut audivit salutationem Mariae Elisabeth exultavit infans in utero eius et repleta est Spiritu Sancto Elisabeth*. Y sucedió que, en cuanto Isabel oyó el saludo de María, el niño saltó en su seno, e Isabel quedó llena del Espíritu Santo. Precisamente cuando María entró en su casa la saludó e Isabel oyó el saludo. Orígenes dice que s. Juan no pudo sentir la influencia de la gracia antes de que ella, que llevaba la autoridad de la gracia, estuviera presente ante él. Y el cardenal Ugone, observando que Isabel se llenó del Espíritu Santo y santificó a Juan al oír el

saludo de María, concluye: “Saludémosla, pues, a menudo, para que en su saludo nos encontremos también nosotros llenos de gracia, ya que de ella está escrito especialmente: La gracia se derrama en tus labios, de modo que la gracia brota de los labios de María. *Repleta est Spiritu Sancto Elisabeth ad vocem salutationis Mariae: ideo salutanda est frequenter ut in eius salutatione gratia repleamur; de ipsa enim specialiter dietim est: Diffusa est gratia in labiis tuis (Ps. 14) Unde gratia ex labiis eius fluit.*”

Santa Isabel, siguiendo la inspiración del Espíritu Santo, con el que había sido colmada, correspondió al saludo de María diciéndole: *Benedicta tu inter mulieres*: Bendita tú entre las mujeres. Con estas palabras, el Espíritu Santo, por boca de Isabel, exaltó a María por encima de cualquier otra mujer afortunada, queriendo enseñar que María había sido bendecida y favorecida por Dios al elegirla para traer a los hombres esa bendición, que se había perdido en Eva y que se había esperado durante cuarenta siglos, esa bendición que, eliminando la maldición, debía confundir la muerte y darnos la vida eterna. A las felicitaciones de su pariente, María respondió también con inspiración divina: *Magnificat anima mea Dominum, quia respexit humilitatem ancillae suae, ecce enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes*. Mi alma exalta la grandeza del Señor... porque ha mirado la humildad de su sierva, pues he aquí que desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones. (Lc. 1, v. 46 y ss.).

¿Por qué la llamarían bienaventurada todas las generaciones? Esta palabra abarca no sólo a todos los hombres que vivían en aquel tiempo, sino también a los que vendrán después hasta el fin del mundo. Ahora bien, para que la gloria de María se extendiera a todas las generaciones, y para que pudieran llamarla bienaventurada, era necesario que algún bien extraordinario y eterno viniera de María a todas estas generaciones; de modo que siendo perpetuo en ellas el motivo de su gratitud, fuera razonable la perpetuidad de la alabanza. Ahora bien, este beneficio continuo y admirable no puede ser otro que la ayuda que María presta a los hombres. Ayuda que

debe abarcar todos los tiempos, extenderse a todos los lugares, a toda clase de personas. San Alberto Magno dice que María es llamada beata por excelencia, del mismo modo que al decir el Apóstol nos referimos a s. Pablo.

Antonio Gistandis, escritor dominico, se pregunta cómo puede decirse que María ha sido bendecida por todas las generaciones, mientras que nunca lo fue por los judíos y los mahometanos. Y responde que esto se dijo en sentido figurado para indicar que de cada generación algunos la bendecirían. Pues, como dice Lirano, en todas las generaciones hubo conversos a la fe de Cristo que bendijeron a la Virgen; y en el mismo Alcorano, que es el libro escrito por Mahoma, encontramos muchas alabanzas a María (Ant. Gistandis Fer. 6, 4 Temp. adv.). Por esta misma razón María es proclamada bendita entre todas las generaciones: *Beatam me dicent omnes generationes.*

He aquí cómo el ungido y abundantemente sentimental cardenal Ugone comenta este pasaje:

“Me llamarán bienaventurada todas las generaciones, es decir, de los judíos, de los gentiles; o de los hombres y de las mujeres, de los ricos y de los pobres, de los ángeles y de los hombres, porque por ella todos recibieron la bendición de la salud. Los hombres fueron reconciliados y los ángeles reparados; porque Cristo, el Hijo de Dios, obró la salud en medio de la tierra, es decir, en el seno de María, que puede llamarse el centro de la tierra. Porque hacia ella vuelven sus ojos los que gozan del cielo, y los que moran en el infierno, es decir, en el limbo, y los que trabajan en el mundo. Los primeros para ser redimidos, los segundos para ser expiados, los terceros para ser reconciliados. Por eso, bendita sea María por todas las generaciones”. Y aquí exclama en el arrebatado de veneración: “Oh Virgen bendita, porque a todas las generaciones diste vida, gracia y gloria: vida a los muertos, gracia a los pecadores, gloria a los desdichados.” Y aplicando a María las palabras con que fue alabada Judit, le dice: *Tu gloria Ierusalem, tu laetitia Israel, tu honorificentia populi nostri quia fecisti viriliter.* En primer

lugar, viene a alabarla la voz de los ángeles, cuya ruina es reparada por ella; en segundo lugar, la voz de los hombres, cuya tristeza es alegrada por ella; después, la voz de las mujeres, cuya infamia es borrada por su obra; finalmente, la voz de los muertos en el limbo, que por María son redimidos de la esclavitud e introducidos gloriosamente en su patria.

[\(continuación\)](#)

Maravillas de la Madre de Dios invocadas bajo el título de María Auxiliadora (1/13)

En 1868 San Juan Bosco imprimió una publicación titulada «Maravillas de la Madre de Dios invocadas bajo el título de María Auxiliadora». Fue su contribución a dar a conocer a la Virgen María no sólo bajo el título más importante, el de «Madre de Dios», sino también como «Auxilio de los cristianos». Fue Ella quien había pedido: «Nuestra Señora quiere que la honremos bajo el título de María Auxiliadora». Hoy comenzamos a presentar esta obra suya.

Aedificavit sibi domum. (Prov. IX,1).

María se construyó una casa.

Al lector

El título de *Auxilium Christianorum* atribuido a la augusta Madre del Salvador no es algo nuevo en la Iglesia de Jesucristo. En los libros sagrados del Antiguo Testamento se llama Reina a María, que está a la derecha de su Divino Hijo vestida de oro y rodeada de variedad. *Adstitit Regina a dextris tuis in vestitu deaurato, circumdata varietate*: Salmo

44. Este manto dorado y rodeado de variedad son otras tantas gemas y diamantes, o títulos con que se suele llamar a María. Por tanto, cuando llamamos a la Santísima Virgen auxilio de los cristianos, no es sino nombrar un título especial, que conviene a María como un diamante sobre sus doradas vestiduras. En este sentido, María fue aclamada como la ayuda de los cristianos desde los primeros tiempos del cristianismo.

Una razón muy especial por la que la Iglesia de los últimos tiempos quiere mencionar el título de Auxilium Christianorum la da Monseñor Parisi con las siguientes palabras: «Casi siempre, cuando el género humano se ha encontrado en crisis extraordinarias, se ha hecho digno, para salir de ellas, de reconocer y bendecir una nueva perfección en esta admirable criatura, María Santísima, que es el más magnífico reflejo de las perfecciones del Creador aquí abajo». (Nicolás, página 121).

La necesidad universalmente sentida hoy de invocar a María no es particular, sino general; ya no hay tibios que inflamar, pecadores que convertir, inocentes que preservar. Estas cosas son siempre útiles en cualquier lugar, con cualquier persona. Pero es la propia Iglesia católica la que es atacada. Es asaltada en sus funciones, en sus sagradas instituciones, en su Cabeza, en su doctrina, en su disciplina; es asaltada como Iglesia católica, como centro de la verdad, como maestra de todos los fieles.

Y precisamente para merecer la protección especial del Cielo se invoca a María, como Madre común, como auxiliadora especial de los Reyes, y de los pueblos católicos, como católicos de todo el mundo!

Así se invocaba al Dios verdadero, Dios de Abraham, Dios de Isaac, Dios de Jacob, y tal apelativo se dirigía para invocar la misericordia divina en favor de todo Israel, y Dios gozaba de que se le rezara de este modo, y traía pronto socorro a su pueblo en sus aflicciones.

A lo largo de este opúsculo veremos cómo María ha sido verdaderamente constituida por Dios como auxilio de los cristianos; y cómo en todos los tiempos se ha mostrado como

tal en las calamidades públicas, especialmente en favor de aquellos pueblos, soberanos y ejércitos que sufrían o luchaban por la Fe.

Por eso la Iglesia, después de haber honrado a María durante varios siglos con el título de *Auxilium Christianorum*, instituyó finalmente una solemnidad especial en la que todos los católicos se unen a una sola voz para repetir las hermosas palabras con que se saluda a esta augusta Madre del Salvador: *Terribilis ut castrorum acies ordinata, tu cunctas haereses sola interemisti in universo mundo.*

Que la Santísima Virgen nos ayude a todos a vivir apegados a la doctrina y a la fe, de las que es cabeza el Romano Pontífice, Vicario de Jesucristo, y nos obtenga la gracia de perseverar en el santo servicio divino en la tierra, para que un día podamos unirnos a ella en el reino de gloria del cielo.

Capítulo I. María reconocida con símbolos de ayuda para la humanidad.

Entre los medios que Dios emplea para preparar a los hombres a recibir algún gran bien, está principalmente el de anunciarlo con mucha anticipación. Por eso la venida del Mesías fue anunciada con cuatro mil años de anticipación y precedida de muchos símbolos y profecías.

Ahora bien, María, la augusta Madre del Salvador, la verdadera auxiliadora de los cristianos, era una bendición demasiado grande para no ser pronunciada igualmente con figuras que representaran a los hombres los diversos favores que haría al mundo.

Eva, Sara, Rebeca, María hermana de Moisés, Débora, Susana, Ester, Judit representan de modo especial las glorias de María como insigne bienhechora del pueblo elegido, o como raro modelo de todas las virtudes.

El árbol de la vida, el arca de Noé, la escalera de Jacob, la zarza ardiente, el arca de la alianza, la torre de David, la fortaleza de Jerusalén, el jardín bien guardado y la fuente sellada de Salomón, la rosa de Jericó la estrella de

Jacob, el amanecer matutino, el acueducto de aguas claras, son algunos de los muchos símbolos que la Iglesia católica aplica a María y con los que acostumbra a explicar algunos de sus privilegios celestiales o virtudes heroicas. Escogeremos sólo algunos de estos símbolos con la aplicación que la Iglesia o los escritores más acreditados de las glorias de María suelen darles.

Así, leemos en el libro del Eclesiástico que el Espíritu Santo pone en boca de María estas palabras: "*Sicut aquaeductus exivi de Paradiso*"; como un acueducto salí del Paraíso. (Eccl. 24, 41).

Un acueducto es un canal que sirve para recibir las aguas del manantial y conducir las según la distribución de los riachuelos y la necesidad de las flores para regar la tierra. Y para que el acueducto cumpla su función, dice San Bernardo, debe ser largo para recibir las aguas por un lado y conducir las a las flores; y María es un acueducto muy largo y abundante porque, por encima de todas las demás criaturas, fue capaz de subir al trono del Altísimo y extraer de la fuente de las gracias celestiales y repartirlas abundantemente entre los hombres. Por eso, continúa San Bernardo, los hombres carecieron durante tanto tiempo de los torrentes de gracias. Es porque les faltó un acueducto capaz de comunicarse con Dios como verdadera fuente de gracias y de difundirlas sobre la tierra. Pero María fue precisamente este acueducto sin mancha por la confianza inviolada, humildísimo por la virginidad, oculto por el amor a la soledad, admirable por la humildad verdadera, difusivo por la piedad, abundante en aguas por la plenitud de gracia, defendido por la custodia de los sentidos, no de plomo, sino de oro por la nobleza real y la caridad sublime.

Por este acueducto, dice el cardenal Ugo, se transmiten a la Iglesia las aguas de la gracia; de ahí que el demonio, enemigo de todo nuestro bien, trate de impedir el curso de estas aguas saludables haciendo la guerra a la devoción de María; del mismo modo que Holofernes, no pudiendo conquistar de otro modo la ciudad de Betulia, mandó cortar y

desviar el curso del río que introducía las aguas en la ciudad.

También la Santísima Virgen María es figurada bajo el tipo de una gran reina, diciendo el rey David en sus salmos: *Adstitit regina a dextris tuis in vestitu deaurato, circumdata varietate* (Sal. 44). ¿Y por qué María es reina? ¿Por qué está a la derecha de Jesús con un manto de oro, rodeada de variedad? Es reina por el gran poder que tiene en el cielo como Madre de Dios; se sienta a la derecha de Jesús para aplacar su indignación, para ayudarnos en nuestras miserias, para ser nuestra auxiliadora, nuestra abogada soberana.

Un buen abogado debe tener diligencia, poder ante el juez, autoridad ante la corte real y conocimiento en el manejo de los casos. Y David en ese texto encierra precisamente estos cuatro dones en María en el grado más eminente. Ella está a la diestra del juez, *adstitit a dextris* casi para vigilar que la justicia divina no venza a la misericordia, esto es diligencia suprema. *Adstitit regina*, ahora todo el mundo sabe que la reina tiene sin duda un gran poder sobre el alma del juez, intercediendo antes de que se dicte la sentencia, y obteniendo el perdón si la sentencia ya se ha pronunciado. *In vestitu deaurato*, la túnica dorada es una imagen de la sabiduría de María, porque el oro representa la sabiduría. *Circumdata varietate*, rodeada de variedad, es decir, dotada de la multiplicidad de los méritos y glorias de los santos. Porque en María se encuentra el color oro de los Apóstoles, el rojo de los mártires, el azul de los confesores y el blanco de las vírgenes. Todos estos santos rodean a María y la proclaman su reina porque poseía en grado sumo las diversas virtudes que poseían estos santos en particular.

Que si consideramos a María ya sentada en el cielo sobre un trono de gloria, la encontramos elevada a la más alta dignidad a la que puede elevarse criatura alguna. Porque no encontramos a María en la clase de las vírgenes, en el orden de los confesores, en las filas de los mártires, en el sagrado colegio de los Apóstoles, en el coro de los Patriarcas y

Profetas como un simple miembro casi de ellos. Ella supera en excelencia a todas las jerarquías celestiales y se sienta en un trono de preciosísima hechura a la diestra del Rey del cielo Jesucristo su Hijo como verdadera Reina y Señora de todo el Paraíso.

Daniel Agrícola en la obra conocida como: *De corona duodecim stellarum*, explicando este texto de David, dice que María está a la diestra de los cristianos para ayudarles, porque la palabra latina *adstare* significa estar al lado de uno para ayudarle. El mismo autor continúa desarrollando el texto y observa que la palabra latina *adstare* en este lugar también significa estar en defensa, y María está a nuestra derecha para defendernos de los constantes asaltos de los demonios.

S. Jerónimo, donde la palabra *varietate* se encuentra en el texto latino, explica que mientras las otras princesas y reinas van vestidas con suntuosos ropajes, María va ceñida y cubierta de escudos con los que defiende a sus hijos. Este sentido parece concordar con el otro de la Escritura: *Mille clypei pendent ex ea, omnis armatura fortium*.

El profeta David narrando la salida del pueblo hebreo de Egipto dice que tenían una nube que guiaba sus pasos de día, y una columna de fuego que iluminaba su camino de noche. San Bernardo aplicando las propiedades de esa nube y de esa columna a María, dice que así como las nubes nos defienden del ardor excesivo del sol, así María nos protege del fuego de la venganza celestial y de las llamas de la concupiscencia. Ahora bien, como la columna de fuego alumbraba los pasos del pueblo de Israel, así María ilumina el mundo con los rayos de su misericordia y la multiplicidad de sus gracias. ¿Qué haríamos nosotros, miserables ciegos, en las tinieblas de este siglo, si no tuviéramos esta luz bienhechora, esta columna luminosa? (D. Ber. *Serm. de Nativ. B. M.*).

Pero para todas las demás miserias, ¿no nos socorre la dulcísima Reina del Cielo? El Beato Santiago de Varazze aplicándole las palabras del Eclesiástico: *In Jerusalem potestas mea*, dice que María nos ofrece su ayuda en

la vida, en la muerte y después de la muerte. Tal es el poder de María que puede extenderlo a estos tres tiempos. Si tenemos un amigo (argumenta este escritor) que nos beneficia en vida, es ciertamente un bien para nosotros; pero si es tal que nos beneficia incluso en el momento de la muerte, es un bien mayor; si entonces su poder llega para ayudarnos, incluso después de la muerte, entonces es un bien mayor. Ahora bien, María nos concede precisamente este triple bien. En efecto, la santa Iglesia, en las alabanzas que hace cantar a los fieles en honor de María, incluye estos tres auxilios y exclama: *Maria mater gratiae, dulcis parens clementiae; Tu nos ab hoste proteges, et mortis hora suscipe*. En primer lugar, nos ayuda en la vida; porque en esta vida unos son justos y otros pecadores; ahora bien, María ayuda a los justos porque conserva en ellos la gracia de Dios, de ahí que se la llame *Mater gratiae* madre de la gracia; ayuda a los pecadores porque les imparte la misericordia divina, de ahí que se la llame *dulcis parens clementiae*.

En segundo lugar, nos ayuda en la muerte, porque allí nos defiende de las asechanzas del demonio; pues este enemigo es tan audaz que no sólo acude al lecho de los pecadores moribundos, sino también al de los santos, usando incluso de toda malicia para hacerlos caer. Pero cuando muere uno de sus devotos, la Santísima Virgen se apresura con solicitud maternal, lo protege y defiende, por lo que ruega a la Iglesia: *Tu nos ab hoste proteges*, protégenos del enemigo.

En tercer lugar, no nos abandona ni siquiera después de la muerte. A veces sucede que a la muerte de algunos santos vienen los Ángeles y conducen sus almas al cielo, pero cuando mueren los verdaderos devotos de María, ella viene en persona y recibe sus almas y las introduce en el hermoso paraíso. Luego añade *Et mortis hora suscipe*.

Leemos en el Libro III de los Reyes que Betsabé, madre de Salomón, fue rogada por su hijo Adonías para que intercediera ante el rey por una gracia. Betsabé se sintió conmovida por aquella plegaria y se presentó ante el rey. En cuanto Salomón la vio aparecer, descendió del trono, fue a

recibirla, e incluso la hizo subir a la silla real y sentarse a su derecha, diciéndole: *Pete, mater mea, neque enim fas est ut avertam faciem tuam*. Ahora bien, ¿quién se atrevería a pensar que Jesús en el trono de la gloria, ante las oraciones que María le presenta, fuera menos generoso con ella de lo que Salomón lo fue con su madre?

En efecto, el docto Mendoza observa aquí que la gracia y la autoridad de María son tan grandes que no sólo intercede por los hermanos de Jesús, sino también por sus enemigos, y todo lo que pide lo obtiene ciertamente.

Moisés cuenta en el libro de los Números que cuando María, su hermana, murió, las aguas escasearon. Por lo tanto, el mencionado Padre Mendoza señala que, si las aguas abundaron durante cuarenta años en el desierto, fue debido a los méritos de esa santa mujer. Aplicando esto a la Santísima Virgen María, dice que, si nunca faltan las gracias a los hombres en la Iglesia, se debe a María, quien primero en la tierra y luego en el cielo interpuso sus méritos ante el Altísimo.

[\(continuación\)](#)

Me siento como en el paraíso. La primera Misa de Navidad en Valdocco

La primera Misa de Navidad celebrada por Don Bosco en Valdocco fue en 1846. Después de obtener el permiso para celebrarla en la pobre capilla de Pinardi, comenzó a preparar las almas de sus muchachos enseñándoles a hacer la Sagrada Comunión, las visitas al Santísimo Sacramento y a aprender algunos cantos

devotos. Don Lemoyne cuenta.

“La fiesta de la Inmaculada Concepción era una preparación para la de la Santa Navidad. Grande era la fe de Don Bosco por todos los misterios de Nuestra Santa Religión. Por eso, para expresar su devoción a la Encarnación del Verbo Divino con un impulso más fuerte del corazón, y para excitarla y promoverla más en los demás, pidió a la Santa Sede la facultad de administrar la Sagrada Comunión en la medianoche de la Nochebuena, en la capilla del Oratorio a la hora de la solemne Misa cantada. Pío IX se la concedió por tres años. Después de anunciar la feliz noticia a los jóvenes, preparó e hizo aprender a sus cantores una pequeña misa y algunos cantos devotos que había compuesto en honor del Niño Jesús, y mientras tanto decoró lo mejor que pudo su pequeña iglesia. Además de los jóvenes, se invitó a otros fieles y comenzó la novena. El Arzobispo le había permitido impartir la bendición con el Venerable siempre que lo deseara; pero sólo en esas ocasiones podía guardar la Sagrada Eucaristía en el sagrario.

Grande fue la concurrencia, habiendo infundido en el alma de sus pequeños amigos sentimientos de gran ternura hacia el Divino Niño. Como era el único sacerdote, confesaba al atardecer de los nueve días a muchos que deseaban hacer la Sagrada Comunión al día siguiente. Por la mañana bajaba a tiempo a la iglesia para dar este consuelo a los artesanos que tenían que ir a trabajar. Celebrada la Santa Misa, distribuía la Santísima Eucaristía, predicaba a continuación y, tras el canto de las profecías realizado por algunos catequistas a los que había instruido, impartía la bendición con el Santísimo Sacramento.

La tarde de aquella noche memorable, después de haber confesado hasta las once, cantó una misa, administró la sagrada Comunión a varios centenares de personas, y luego, conmovido hasta las lágrimas, se le oyó exclamar – ¡Qué consuelo! ¡Me siento como en el paraíso! – Terminada la misa, distribuyó una pequeña cena a los jóvenes y los envió a sus casas a descansar.

Después de algunas horas de sueño, volvía a la iglesia, esperaba a la multitud que no había podido asistir a la solemnidad de la noche, confesaba, celebraba las otras dos misas, comulgaba y luego reanudaba todas sus múltiples ocupaciones festivas.

De este modo se celebró durante varios años la novena y la fiesta de la Santa Navidad, hasta que Don Bosco no tuvo más sacerdotes en la casa.

Pero estas primeras fiestas de Navidad tenían un carácter especial e inolvidable, porque marcaron la definitiva toma de posesión de la mencionada casa Pinardi, ya que todo estaba ahora en orden para el funcionamiento regular del Oratorio; y confirmaban las promesas de los futuros vastos edificios que contarían la bondad del Señor a las generaciones venideras. Don Bosco en este día mientras recitaba el oficio divino, con la mente llena de sus planes, con qué afecto debió exclamar: – Hemos recibido, oh Dios, tu misericordia en medio de tu templo. ¡Cuál es tu nombre, oh Dios, tal sea tu gloria hasta los confines de la tierra! ¡De justicia está llena tu diestra! (MB II, 582-585)».

Las Misas de la Santa Nochebuena fueron celebradas por Don Bosco desde ahora hasta los últimos años de su vida, con una alegría especial que resplandecía en su rostro. Pero no era sólo esta alegría la que suscitaba en todos una viva devoción, sino también las exhortaciones que hacía a sus pequeños amigos para que se preparasen bien para la Navidad. Decía:

“Mañana comienza la novena de la Santa Navidad. Se cuenta que un día, un devoto del Niño Jesús, que atravesaba un bosque en tiempo de invierno, oyó los gemidos de un niño, y adentrándose en el bosque hacia el lugar desde donde oyó la voz, vio a un hermoso niño que lloraba. Movidó a compasión, dijo:

– Pobre niño, ¿cómo es que te encuentras aquí, tan abandonado en esta nieve?

Y el niño respondió

– ¡Ay! ¿Cómo no voy a llorar, cuando me ves tan abandonado por todos? ¿Sin que nadie tenga compasión de mí?

Dicho esto, desapareció. Entonces comprendió aquel buen viajero que era el mismo niño Jesús, que se quejaba de la ingratitud y frialdad de los hombres.

Os he contado este hecho, para que procuremos que Jesús no tenga que quejarse también de nosotros. Preparémonos, pues, para hacer bien esta novena. Por la mañana, a la hora de la Misa, se cantarán las Profecías, habrá unas palabras de sermón y luego la bendición. Dos cosas os recomiendo durante estos días, para pasar santamente la novena:

1. Acordaos a menudo del Niño Jesús, del amor que os trae y de las pruebas que os ha dado de su amor hasta morir por vosotros. Por la mañana, levantándoos inmediatamente al toque de la campana, sintiendo el frío, acordaos del Niño Jesús tiritando de frío sobre la paja. A lo largo del día, animaos a estudiar bien la lección, a hacer bien el trabajo, a estar atentos en la escuela por amor a Jesús. No olvidéis que Jesús avanzaba en sabiduría, en edad y en gracia ante Dios y ante los hombres. Y sobre todo, por amor de Jesús, guardaos de caer en alguna falta que pueda disgustarle.

2. Id a menudo a verle. Envidiamos a los pastores que fueron a la cabaña de Belén, que lo vieron nada más nacer, que le besaron la mano y le ofrecieron sus regalos. ¡Qué suerte tienen los pastores! Pero no tenemos nada que envidiarles, porque su suerte es también la nuestra. El mismo Jesús, que fue visitado por los pastores en su cabaña, está aquí en el sagrario. La única diferencia es que los pastores lo veían con los ojos del cuerpo, nosotros lo vemos sólo por la fe, y no hay nada que podamos hacer para agradarle más que visitarlo a menudo. ¿Y cómo vamos a visitarlo? Principalmente, comulgando a menudo. En el Oratorio, especialmente en esta novena, ha habido siempre un gran compromiso, un gran fervor por la Comunión, y espero que vosotros hagáis lo mismo este año. Otro modo es ir a la iglesia algunas veces durante el día, aunque sólo sea un minuto, recitando aunque sólo sea un

Gloria Patri. ¿Entendéis?

Dos cosas, pues, haremos para santificar esta novena. ¿Cuáles son? ¿Quién puede repetirlas?

Acordaos a menudo del Niño Jesús, acercarse a Él con la Santa Comunión y la visita a la iglesia (MB VI, 351-352)".

Las palabras de Don Bosco son válidas también hoy. Si dieron fruto en el pasado, también pueden darlo hoy, si las seguimos con fe viva.